

Mercedes Prieto, coordinadora

Espacios en disputa: el turismo en Ecuador



FLACSO
ECUADOR

Espacios en disputa: el turismo en Ecuador / coordinado por Mercedes Prieto. Quito :
FLACSO, Sede Ecuador, 2011

232 p. : fotografías, gráficos, mapas, tablas. – (Serie Foro)

ISBN: 978-9978-

TURISMO ; TURISMO PATRIMONIAL ; ECOTURISMO ; TURISMO COMUNITARIO ;
POLÍTICAS PÚBLICAS ; DESARROLLO SUSTENTABLE ; ORGANIZACIONES NO
GUBERNAMENTALES ; ORGANIZACIONES GUBERNAMENTALES ; TURISTAS ;
ECUADOR

338. 4791 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

ISBN: 978-9978-

Cuidado de la edición: Paulina Torres

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: CrearImagen

Quito, Ecuador, 2011

1ª. edición: junio de 2011

Índice

Presentación	7
Los estudios sobre turismo en Ecuador	9
<i>Mercedes Prieto</i>	
Cochasquí: entre la nación y la espiritualidad	29
<i>Mercedes Prieto y Soledad Varea</i>	
Estado y turismo comunitario en la sierra central	65
<i>Angus Lyall</i>	
Usando el pasado para forjar el futuro: génesis del museo y centro cultural de la comunidad de Agua Blanca	99
<i>Colin McEwan, María Isabel Silva y Chris Hudson</i>	
La fiesta de los presidentes en Manabí: ¿destino turístico o re-encuentro de las familias migrantes?	133
<i>Soledad Varea y Mercedes Prieto</i>	
Ecoturismo: emprendimientos populares como alternativa a un desarrollo excluyente	167
<i>Juan Ponce y Fander Falconí</i>	
Mitos y oportunidades del ecoturismo: el caso de Oyacachi	207
<i>Lucía Lasso</i>	
Autores	231

Usando el pasado para forjar el futuro: génesis del museo y centro cultural de la comunidad de Agua Blanca*

Colin McEwan, María Isabel Silva y Chris Hudson

Introducción

Los arqueólogos y antropólogos que viven y trabajan en comunidades pequeñas se descubren, inevitablemente, compartiendo el ritmo de la vida diaria de sus habitantes; sus retos, frustraciones y, ocasionalmente, sus pequeños triunfos. A menudo, los roles que esos profesionales encarnan son duales pues son estudiantes y profesores, engranados a un proceso continuo de dar y recibir. En este capítulo describimos el desarrollo de la relación que se estableció entre nosotros –que emprendíamos un proyecto arqueológico– y la comunidad rural de Agua Blanca en la costa de Ecuador. Nuestro contacto con la comunidad comenzó al final de la década de los años setenta y nos situó en el escenario del recientemente creado Parque Nacional Machalilla. Quizá, el resultado más visible de nuestro trabajo sea la creación de un museo *in situ* de la comunidad de Agua Blanca, que inauguramos en 1990, y que ha sentado las bases para la llegada de turistas a la comunidad.

Este trabajo formó parte de un programa de investigación arqueológica de campo que se desarrolló entre 1977 y 1990 (McEwan, 2003). Mientras este proceso se llevaba a cabo, desplegamos una serie de iniciativas

* Traducción de Bolívar Lucio. Adaptado y reeditado con la autorización correspondiente desde *Archaeological Site Museums in Latin America*, ed. Helaine Silverman, 187-216, “Using the Past to Forge the Future: The Genesis of the Community Site Museum at Agua Blanca, Ecuador”. Gainesville: University Press of Florida, 2006.

destinadas a satisfacer las principales necesidades de esta comunidad. Nuestros esfuerzos para desarrollar un acercamiento integral a la cultura, ecología y subsistencia estuvieron motivados por la convicción de que las comunidades juegan un papel vital en la solución del reto de proteger el medio ambiente y administrar los recursos culturales. Ahora, al escribir estas líneas más de 25 años después y con el beneficio que ofrece la experiencia, se presenta la oportunidad de reflexionar respecto de lo logrado, a lo aprendido y a lo que resta por hacer. Mostramos cómo el involucramiento de la comunidad en la investigación arqueológica probó ser un catalizador para un cambio positivo; y esperamos transmitir el sentido de una travesía que ha sido al mismo tiempo demandante y grata, compartida con muchos amigos.

Antecedentes arqueológicos

Agua Blanca está localizada a ocho kilómetros tierra adentro sobre la costa del Pacífico, en el valle Buena Vista, el corazón del Parque Nacional Machalilla (mapa 1). En tiempos precolombinos, ésta fue una ruta importante que conectaba los asentamientos del interior con los de la costa¹. El nombre Buena Vista está inspirado quizá por el hecho de que los viajeros que avanzan en dirección oeste, hacia el Pacífico, deben atravesar un estrecho desfiladero algo peligroso, antes que el valle se ensanche rápidamente y ofrezca el panorama de una vasta llanura aluvial. Ahí, en el cuello del valle, están las ruinas de un asentamiento manteño (800-1530 d.C.) de considerable tamaño que toma el nombre moderno de la comunidad colindante. Durante su apogeo, hace unos 500 años, ese lugar fue el nexo de una poderosa alianza de intercambio comercial entre los pueblos de la costa a la que los españoles llamaron el Señorío de Salangome. De hecho,

1 Esta ruta alguna vez conectó la ciudad de Jipijapa (originalmente, Xipijapa), pasando por Joa, Juljuy y el valle de Buena Vista hasta llegar a la costa. Aún es usada para traer mercadería de contrabando pues se evitan los puntos de control de la carretera principal. Es comúnmente aceptado que en el trayecto que recorre los senderos de montaña, los habitantes de la localidad adquieren un conocimiento detallado del paisaje natural y cultural. Muchas rutas, evidentemente, han sido empleadas desde el tiempo de la cultura manteña (quizá incluso antes). Incluso hoy unen el asentamiento principal de Agua Blanca con varias otras locaciones de la costa.

nuestros estudios etnohistóricos y arqueológicos proponen que este fue el sitio donde estuvo ubicado Salangome, asentamiento principal desde donde se gobernaba el señorío y un importante centro político y religioso que controlaba las incursiones desde el sur al territorio manteño (Silva, 1983, 1984, 1985)².

Los cimientos de paredes de piedra de varios cientos de estructuras son todavía visibles a lo largo de un área de unos cuatro kilómetros cuadrados. El principal complejo arquitectónico revela una jerarquía de estructuras organizada con cuidado y que, presumiblemente, se prestaban para una variedad de funciones; si bien la mayoría de ellas aún no han sido excavadas. Los tamaños van desde edificios públicos de cincuenta metros de largo y doce de ancho, hasta pequeñas habitaciones para vivienda. La ubicación elegida para las construcciones parece ser el resultado de los limitados espacios planos sobre terrazas y cornisas junto y sobre los activos llanos aluviales. La misma comunidad de Agua Blanca está ubicada en uno de esos barrios del sitio arqueológico y los cimientos de construcciones manteñas que yacen bajo el pueblo actual se pueden ver con claridad en algunos lugares. Además, hallazgos esporádicos de cerámica inca en Agua Blanca son consistentes con el testimonio de cronistas españoles que relatan la presencia imperial en tierras de la costa. Esto se complementa con los enterramientos que encontrados en la isla de La Plata, a 25 kilómetros de la costa (McEwan y Silva, 1989, 2000).

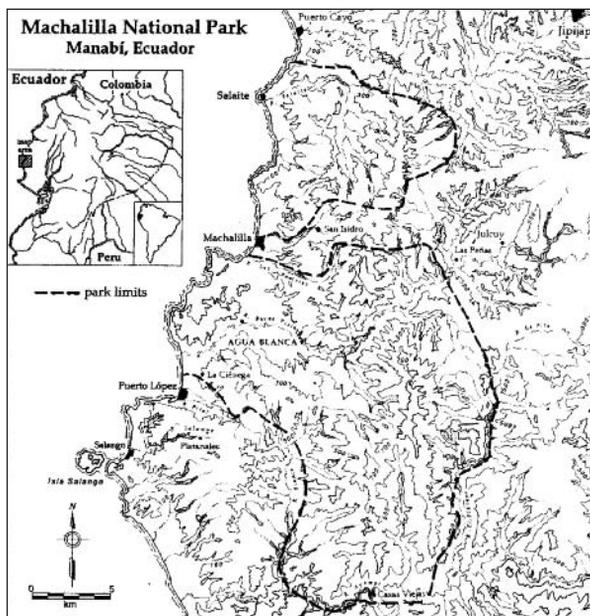
Agua Blanca debe su nombre a una vertiente cercana que ofrece un suministro continuo de agua de alto contenido mineral y olor sulfuroso característico. Estas aguas azufradas y el enriquecidolodo negro que se acumula en una piscina que se formó al construir una pared de contención, han ganado renombre rápidamente por sus propiedades curativas. Por el contrario, el lecho del río principal está seco la mayor parte del año, el agua fluye sólo si se cuenta con la suficiente cantidad de precipitaciones durante los meses de enero y febrero. Las lluvias se esperan con mucha expectativa hacia fines de diciembre y en un buen año pueden durar un mes o dos. Incluso cuando el lecho del río está seco, puede obtenerse agua

2 María Isabel Silva analiza los topónimos indígenas en el contexto de la organización social y relaciones políticas y económicas precolombinas.

fresca a lo largo de todo el año si se cava unos cuantos metros hasta encontrar yacimientos acuíferos. Estas fuentes de agua su control y manejo, junto con la rica variedad de recursos marinos y terrestres –desde que hay presencia humana en la costa– han sido factores fundamentales para que se hayan producido asentamientos.

Hasta el día de hoy, los habitantes del pueblo pesquero de Puerto López dependen del agua transportada en camiones (y ahora por tubería) desde el interior de los valles; así mismo, las mujeres del puerto de Machalilla, unos kilómetros al norte, aún emprenden un viaje semanal a Agua Blanca para lavar ropa. Estatuillas manteñas han sido recuperadas en las mingas (el término proviene de los quichuas de la sierra y ha sido adaptado a la costa para referirse a una tarea que emprende la comunidad de manera colectiva) que han servido para limpiar y reacondicionar las fuentes, lo que da cuenta del extenso lapso durante el que han sido usadas.

Mapa 1
Localización de Agua Blanca



Elaboración: Colin McEwan

La llegada de los españoles a la costa de Ecuador en 1532 trajo devastadoras epidemias, frente a las que la población indígena tuvo muy pocas defensas. Esto conllevó un colapso demográfico y la desintegración política y social hizo que se abandonaran la mayoría de las más grandes ciudades indígenas. Por ejemplo, la población del Señorío de Salangome, a juzgar por los vestigios arqueológicos y por su desarrollo político a la llegada de los conquistadores europeos, debió haber tenido miles de habitantes. No obstante, cincuenta años después, se registra que sólo una familia vivía en Salango. Muchas personas fueron forzadas a mudarse e incorporadas a la recientemente fundada capital provincial, Portoviejo, o al puerto de Manta (originalmente llamado Jocay). Ambas ciudades, en poco tiempo, eclipsaron a los principales asentamientos indígenas.

Antiguos mapas reconocen sólo un puñado de nombres a lo largo de la costa sur de Manabí y por lo menos durante 300 años (hasta finales del siglo XIX), el valle de Buena Vista parece haber permanecido más bien aislado. Al cabo de un tiempo, colonos y mercaderes europeos comenzaron a explotar productos locales como la tagua, muy valorada en Europa porque a partir de esa semilla se fabrica botones para ropa y abrigos. En Agua Blanca se estableció una hacienda la cual desbrozó el bosque nativo para plantar café y, posteriormente, para la cría de ganado vacuno. A principios de la década de 1920, la hacienda atrajo a unos pocos migrantes, trabajadores agrícolas y sus familias quienes fueron empleados como fuerza de trabajo temporal.

Una parte de la población campesina que vive ahora en Agua Blanca, podría descender de sus predecesores manteños. De manera similar a la gran mayoría de población mestiza de la costa, se habla español en lugar de una lengua indígena. Sin embargo, rastros de lenguas y dialectos indígenas se preservan en los nombres de lugares y en los nombres populares de plantas, aves y animales; unos pocos curanderos todavía conservan un conocimiento profundo de sus hábitos y propiedades.

La creación del Parque Nacional Machalilla

En 1930 fue fundada en Agua Blanca una comunidad la cual hacia 1965 había recibido reconocimiento formal que le aseguró un estatus legal de comuna. Unos años después, la hacienda quebró. Su desaparición fue una ventaja disfrazada dado que, en 1971, la Ley de Reforma Agraria facultó a la comunidad para que se apropiase de la tierra cultivable abandonada. Hacia el final de la década de los años setenta, sin embargo, los efectos acumulados de una prolongada sequía comenzaron a sentirse pronto. Durante varios años consecutivos, la temporada invernal no llegó a materializarse; incapaces de encontrar medios de subsistencia, muchos campesinos abandonaron Agua Blanca para buscar fortuna en los barrios marginales de Guayaquil, Manta y La Libertad. Como ocurre con muchas otras comunidades vulnerables en territorios apartados de Manabí, al menos una de cada tres familias fue forzada a dejar el pueblo. Como estaban perdiendo sus cosechas, aquellos que se quedaron intensificaron la explotación del bosque circundante. La mejor madera fue cortada y transportada por medio de caballos o burros y se la utilizó para la construcción de casas y barcos en Puerto López y Machalilla.

La lucha de la comunidad por afirmar su identidad y asegurar su derecho de acceso a las tierras altas circundantes se definió como respuesta a la intrusión de cabezas de ganado llevadas hasta ahí para que pastaran de la vegetación húmeda de las laderas superiores y las colinas. Esos sectores pertenecían a los relativamente ricos dueños de cabezas de ganado, quienes ordenaban a sus trabajadores cortar y quemar el bosque húmedo para convertirlo en pastizales. Actividades tradicionales de subsistencia, como hacer carbón y su venta para combustible utilizado en la cocina, proveía a los comuneros de un ingreso modesto, si bien esto llevaba al deterioro de los bosques de algarrobo (acacia) que cubren la superficie del valle. Lentamente el bosque estaba siendo consumido. Esta continua degradación del ambiente se hacía evidente, en especial en los territorios cercanos al pueblo, que estaba entonces rodeado por colinas peladas. Estas habían sido utilizadas para la crianza de cabras, lo que dejó poco más que rocas sin vegetación, un paisaje lunar.

En este escenario, en 1979, fue creado el Parque Nacional Machalilla como una reserva de 35 000 hectáreas diseñadas para proteger y preservar la extraordinariamente diversa fauna y flora terrestre, así como la vida marina y las aves de las islas de Salango y La Plata. Es la más reciente de las reservas de este tipo en Ecuador y alberga un ecosistema diverso y hermoso, pero extremadamente frágil. Este incluye una vida marina y costanera, en algunos aspectos, parecida a la que se encuentra en las islas Galápagos. En las laderas más altas al norte de la cordillera de Colonche, el bosque tropical seco se transforma en bosque nublado, una vegetación delicada sostenida por el sistema de niebla costera que cubre las montañas la mayor parte del año.

La planificación preparatoria para el parque incluía estudios piloto y encuestas. Sin embargo, no se pensó ni hubo una consulta efectiva con la población que ya se hallaba viviendo al interior de los límites proyectados del parque y se hicieron pocos intentos para comunicar la idea detrás de la creación de esta reserva natural. La comuna pronto se encontró en el corazón del parque y su misma supervivencia dependía de los recursos que las autoridades buscaban proteger. Al poco tiempo, los guardaparques ya aplicaban su esfuerzo para impedir que se llevaran a cabo las actividades tradicionales de subsistencia que de forma clara destruían el bosque. Los miembros que conformaban el personal del parque fueron traídos de otras comunidades y ciudades de Manabí y, cuando comenzaron las actividades, muy pocos trabajadores pertenecían a la comuna. De hecho, pasaría algún tiempo hasta que un miembro de las comunidades campesinas, dentro de los límites de la reserva, fuera empleado como guardaparque.

La llegada del parque fue percibida por la comunidad, y con razón, como una amenaza directa a sus tierras y formas de vida. El Ministerio de Agricultura y Ganadería, que manejaba entonces el sistema de parques nacionales, a través de la Dirección Nacional Forestal, no había tomado ninguna provisión para dirigirse a la población que ya habitaba en la zona que fuera designada área protegida. Era evidente que el parque había sido planeado como una reserva biológica, inspirado en el modelo norteamericano y nórdico de protección ambiental y que los seres humanos no entraban en el cálculo, salvo como un inconveniente o incluso algo peor.

Nada se planteó respecto de buscar estrategias alternativas para sostener una forma de vida de las comunidades al interior del mismo. A pesar de las buenas intenciones, desde el principio una profunda desconfianza mutua se estableció entre las autoridades del parque y los campesinos; estos últimos vieron confirmadas sus sospechas cuando comenzaron a ser objeto de amenazas. Desde la perspectiva del Parque Nacional, los campesinos eran sólo irreflexivos agentes de la destrucción del bosque y la fauna. Para los campesinos, la palabra parque era sinónimo de autoridades hostiles que representaban a un remoto gobierno burocrático que tomaba decisiones que afectaban sus vidas. Lo peor de todo eran los rumores con respecto a que la población sería forzosamente relocalizada, tan lejos como el Oriente (la Amazonía), al otro lado de los Andes. Dado que el trabajo arqueológico en el Parque y sus alrededores apenas comenzaba en esa época, había una noción aún leve de la densidad y antigüedad de los asentamientos prehistóricos (McEwan, 1992; Norton, 1992).

Los inicios de la investigación arqueológica

Oímos por primera vez de ruinas tierra adentro en conversaciones con gente en Puerto López luego de un trabajo de campo en la Isla de La Plata, que fue parte de la primera fase del proyecto *Islas sagradas del Ecuador* concebido por Presley Norton y Jorge Marcos. En 1978, Colin McEwan hizo un breve reconocimiento del valle de Buena Vista, donde fue evidente que ya se estaban llevando a cabo excavaciones indiscriminadas y huaquerismo en las partes más visibles y de mejor acceso al sitio arqueológico. En medio de las edificaciones más grandes yacían varios restos de las afamadas sillas de piedra manteñas, lo que daba cuenta de la importancia del asentamiento en su época de apogeo. Partes del sitio estaban marcados por boquetes cavados en época más reciente por huaqueros.

Una metódica inspección del sitio fue llevada a cabo el año siguiente (1979). Se comenzó en la desembocadura del río, dos kilómetros al norte de Puerto López y se trabajó gradualmente tierra adentro, pasando Agua Blanca hasta Vuelta Larga. Los miembros de la comunidad reaccionaron con una mezcla de curiosidad e inquieta amabilidad. Muchos se quejaron amar-

gamente de la prohibición de la elaboración de carbón y de la pérdida de los ingresos obtenidos a costa de un duro trabajo. Al escuchar atentamente las necesidades y aspiraciones de la localidad, fue claro que todos estaban preocupados por la amenaza de una intrusión del exterior. Si el Parque Nacional Machalilla quería efectivamente trabajar en la comunidad, debía hacer un giro decisivo más allá de los conceptos tradicionales de conservación biológica y extender su quehacer hacia un amplio escenario cultural y, lo que era más importante, involucrar a la población local dentro en sus planes.

Casi todos en Agua Blanca estaban al tanto que en el bosque se encontraban varios restos arqueológicos, por la existencia de cimientos de edificios antiguos, comúnmente llamados corrales, remanente de piezas de cerámica esparcidas en la superficie, así como material lítico que podía encontrarse en medio de densos arbustos. En ocasiones, las lluvias invernales dejaban expuestos algunos objetos en las riberas y los barrancos. Excavaciones esporádicas, llevadas a cabo por gente de la localidad, daban como resultado el hallazgo de delicadas estatuillas, impresionantes vasijas para ofrendas y objetos exóticos como hachas de cobre y ocasionalmente alguna joya de oro. Algunas veces estos objetos se guardaban como curiosidades, pero muchos fueron vendidos a comerciantes itinerantes debido a las necesidades económicas. Eventualmente, estos objetos se dirigieron a colecciones de museos, turistas y al mercado privado. En ocasiones, objetos que fueron obtenidos en excavaciones clandestinas en las cimas de las montañas nos fueron ofrecidos para que los compráramos. Pocas dudas quedaban respecto de que el sitio sufriría daños adicionales y que una eventual destrucción sería inevitable, a menos que se encontrara una más atractiva fuente de ingresos. Esto alimentó el desarrollo de nuestras reflexiones en relación a la estrategia de investigación que se detalla más adelante. Cuando se nos mostraron vasijas y objetos, nos intrigó ver de qué se trataba, pero fuimos muy claros al señalar que no teníamos intención de comprar nada. A menudo, esta posición provocó miradas de escepticismo: ¿por qué otra razón estaríamos caminando bajo el sofocante sol de medio día con nuestra vista fija en el suelo? Además, ¿no estábamos recogiendo pedazos de cerámica para ponerlos en bolsas membretadas que guardábamos en mochilas? ¿qué otra razón, si no se trataba de dinero, podía haber en este extraño comportamiento?

Por otra parte, la comunidad ya había tenido la experiencia de excavaciones informales e ilegales, llevadas a cabo por personas ajenas al entorno. La cultura manteña es reconocida por sus grandes sillas de piedra tallada y losas con inscripciones y figuras, la mayoría de las cuales se sabe que provienen de los centros ceremoniales más grandes ubicados en las cimas de las colinas (cerros Jaboncillo y Hojas), unos sesenta kilómetros al norte. Las sillas mejor conservadas fueron extraídas del sitio hace tiempo y llevadas al exterior a distintos museos en Norte América y Europa o comenzaron a formar parte de museos y colecciones privadas en Ecuador (ver Saville, 1907, 1910). Las sillas son una clara expresión de autoridad política y poder. Algunas alcanzan un metro de alto y tienen brazos proyectados hacia arriba en forma de U sobre un felino agazapado o la figura de un hombre en actitud sumisa. Un notable ejemplo de estas sillas ocupaba hasta hace pocos años un lugar de honor en la plaza frente a la iglesia de la ciudad de Montecristi (fotografía 1). En Agua Blanca se dice que algunas sillas fueron encontradas intactas incluso al final de la década de los años setenta. Esto atrajo la atención de un coleccionista privado en Guayaquil que envió a un empleado para que comenzara a hacer excavaciones alrededor de las principales estructuras³. Una cantidad no precisada de esculturas fue enviada por camión a Guayaquil para sumarse a su colección privada y esto, naturalmente, provocó cierta curiosidad con respecto a la posibilidad de que el oro, que se sabía que existía, pudiera estar escondido dentro de las sillas. La consecuencia inmediata fue que las sillas que quedaban fueron, rápidamente, reducidos a escombros. Intentos fortuitos se llevaron a cabo y se excavó de forma intensiva en ciertos sectores, pero la energía empleada dio pocos resultados y el entusiasmo para realizar excavaciones ocasionales se desvaneció.

3 Un empresario privado, el ingeniero guayaquileño Luis Piana, empleó a un asistente, Hans Morotzke para comenzar una "exploración" del sitio. Hubo quizá una buena intención porque se hicieron notas, diagramas, algunas fotografías detallan el desarrollo de los trabajos y se preparó un borrador de reporte escrito a máquina. Sin embargo, las excavaciones fueron abandonadas en el proceso y se dejaron al descubierto.

Fotografía 1

Una silla de piedra manteña es exhibida en la plaza de Montecristi*



Fotografía: Colin McEwan

En 1981 se comenzó un levantamiento topográfico en Agua Blanca y pronto fuimos inundados con peticiones para que explicáramos qué estábamos haciendo y por qué. Era claro que había la necesidad de responder y convenimos sostener una reunión con toda la comunidad, ésta estuvo marcada por preguntas agudas y enérgicas discusiones. El evento alcanzó su clímax cuando se descubrió que la botella de ron que habíamos traído para celebrar la ocasión había desaparecido misteriosamente, para consternación general de todos los presentes (salvo, presumiblemente, para los autores del robo). No obstante habíamos sembrado la semilla de lo que sería una fructífera colaboración entre nosotros y la comunidad. La moraleja del relato es clara: si se pide información y se plantean preguntas, debe haber entonces la voluntad de ofrecer respuestas directas y transpa-

* La silla, probablemente, es originaria del centro ceremonial del cerro Jaboncillo.

rentes, lo que ayudará a establecer un diálogo genuino, infundir confianza y engendrar un respeto mutuo.

Otra visita breve se llevó a cabo en 1983, sólo que bajo circunstancias muy diferentes. Se produjo un crudo fenómeno de El Niño; intensas lluvias habían caído durante los nueve meses precedentes y la devastación y trastornos que había causado eran evidentes en toda la costa. Dos años más tarde, a mediados de 1985, hicimos planes para una estadía más larga. Las opiniones en la comuna estaban, no obstante, tajantemente divididas respecto de que si debía dejar que permanezcan forasteros en el lugar. Después de considerables discusiones, se permitió que instaláramos nuestra vivienda en una esquina de la casa comunal para lo que usaríamos planchas de zinc y tablonces. Además, tres compañeros de la comunidad fueron contratados para limpiar la maleza de las ruinas. La casa comunal proveía de un espacio donde podíamos reunirnos y clasificar los hallazgos de los objetos y restos que se encontraban en la superficie. Dado que este material estaba a vista de todos, las preguntas podían plantearse con libertad y eran respondidas enseguida. De esta manera las relaciones con la comunidad se estrecharon gradualmente durante los siguientes cinco años.

¿De quién es la silla?

A principios de 1986, un descubrimiento devendría en un momento excitante para impulsar una nueva actitud de la comuna en relación a los hallazgos arqueológicos. En el transcurso de una minga para abrir zanjas a lo largo de Agua Blanca para instalar el servicio de agua potable, un comunero dio con una silla de piedra intacta. Dado que fue el primero de estos descubrimientos en muchos años, la noticia se difundió rápidamente. Pocos días después, la silla fue sacada de la comunidad y vendida a un comerciante local de Machalilla, quien orgullosamente la exhibió públicamente en el patio de su tienda sobre la calle principal. Machalilla es mejor conocida en los círculos arqueológicos por ser el epónimo sitio arqueológico del período Formativo Temprano (cultura Machalilla) y también da nombre al parque nacional. Irónicamente en la actualidad, en las cercanías de Ma-

chalilla, pocos vestigios culturales son visibles; es decir, no se cuenta con objetos tangibles ni un sitio arqueológico que justifique el orgullo local. La llegada desde Agua Blanca de la silla de piedra de la cultura manteña, les proveyó de un atractivo sustituto, aunque momentáneo.

El curso de acción más obvio habría sido que tomáramos la iniciativa de negociar el regreso de la silla desde Machalilla. El director del parque nos dijo que involucráramos a la policía, bajo el argumento de “movilización ilegal y tráfico de antigüedades”. Es probable que una intervención más decidida por parte de las autoridades del Parque Nacional Machalilla y la policía, en nombre de Agua Blanca, haya podido salvaguardar la silla de piedra y ganarse un necesario respeto. Sin embargo, no optamos por este camino porque una acción legal de este tipo podría haber provocado un largo resentimiento y la pérdida de confianza en términos de lazos de amistad y unión entre Machalilla y Agua Blanca. También se corría el riesgo de perjudicar la eventualidad de un compromiso abierto y una consulta para casos similares, con el riesgo de que en el futuro los descubrimientos fueran mantenidos en secreto. Más aún, a pesar de que originalmente se había pagado una suma nominal por este objeto, teníamos la certeza de que, en el futuro, posibles transacciones monetarias, tendrían el desafortunado efecto de equiparar los objetos culturales con un beneficio económico y una ganancia financiera inmediata.

Una valoración distinta debía entrar en la ecuación: una que no sólo tuviera en cuenta un sentido de pertenencia y proveniencia del objeto, sino también que reconociera quién se identificaría y se beneficiaría con el mismo. Las respuestas comenzaron a surgir de la misma Agua Blanca, donde era palpable el desarrollo de una noción que se reconocía que se habían apropiado injustamente de algo que en derecho pertenecía a la comunidad. Enfatizamos en que la primera responsabilidad en recuperar la silla estaba en manos de la comuna y dijimos que si todos estaban dispuestos a dar un primer paso en asumir esa responsabilidad, nosotros, en cambio, estaríamos preparados para buscar una manera de colocar la silla en una exposición permanente.

Nos acercamos a Olaf Holm (un expatriado danés y por muchos años director del Museo Antropológico del Banco Central de Guayaquil) quien se ofreció a comprar la silla al precio del mercado para las coleccio-

nes del museo. Esta opción, por supuesto, habría traído consigo el que la propiedad de la silla estuviera en manos de un tercero, fuera de la comuna. Pero era indispensable aprovechar la oportunidad e intentar revertir el modelo: le persuadimos, en cambio, para que nos dejara usar el dinero con la meta de albergar la silla *in situ*, en la misma comunidad de Agua Blanca. Chris Hudson, que entonces estaba trabajando en el museo de sitio en Salango, se ofreció para diseñar y supervisar la construcción de una pequeña exposición arqueológica. Después de discutirlo en varias sesiones en la comunidad, todos estuvieron de acuerdo con que el mejor lugar de resguardo sería la casa comunal, una estructura de cemento localizada en el centro del pueblo y que había sido construida años antes con ayuda de una organización alemana de voluntarios.

El dinero otorgado por el Banco Central ayudó a comprar materiales, como vidrio y pintura, necesarios para la exhibición y la comuna puso a cambio el trabajo. Como sabíamos que casi todos los hogares tenían objetos arqueológicos que habían aparecido en el transcurso de los años, invitamos a todos a que los donasen para esta exposición, que comprendería dos vitrinas para los objetos, un modelo a escala del yacimiento y una tarima abierta para sostener las esculturas más grandes. Todas las familias donantes fueron reconocidas en los créditos y listadas sobre una placa, lo que ayudó a reforzar un sentido colectivo de identidad y orgullo y a demostrar la voluntad de la comunidad para asumir la responsabilidad de cuidar los objetos originarios del sitio.

En una ocasión, Olaf Holm acompañado por Presley Norton (entonces director del Proyecto Arqueológico del Banco Central en Salango) hicieron una visita durante un fin de semana para constatar el progreso del trabajo. Al ver cómo la población se involucraba, supusieron que el entusiasmo obedecía al hecho de que la mayoría de personas estaba recibiendo un pago. Al asegurarles que viejos y jóvenes ofrecían su ayuda voluntariamente, Holm y Norton se marcharon algo incrédulos.

Mientras se aproximaba el día de la inauguración y la muestra estaba a punto de ser completada, se reservó un lugar especial para la silla de forma que fuera el centro de la exhibición. Se le pidió al dueño de la tienda en Machalilla que devolviera la silla, pero la retuvo hasta el día anterior de la inauguración, esperando, sin duda, no sólo recuperar su dinero,

sino también sacar algún beneficio adicional del intercambio. Los representantes de la comunidad dejaron muy en claro que la desaparición de la silla podía considerarse una movilización no autorizada de bienes culturales. Las personas consideraban que la silla debía ser devuelta al justo lugar de origen y, además, sin ningún pago compensatorio. El día de la inauguración, la silla apareció y fue instalada debidamente en su lugar de honor. Este gesto de magnanimidad dejó un sentimiento de satisfacción entre los concurrentes y, a partir de ese momento, la exposición era el telón de fondo para todas las actividades que tenían lugar en el laboratorio de campo, tales como, lavado, etiquetado clasificación y reparación de los hallazgos de las excavaciones (ver Hudson y McEwan, 1987).

Fotografía 2
Alcibíades Martínez y Charo Merchán
procesando hallazgos de las excavaciones
en la casa comunal*



Fotografía: Colin McEwan

Las noticias de la inminente inauguración del museo se transmitieron de boca a boca. En ese día, familia y amigos vinieron de caseríos y pueblos vecinos; también llegaron profesores de Puerto López y Machalilla, así como colegas de museos de Guayaquil y Manta. La muestra se estableció como una expresión visible del involucramiento de la comunidad con el proceso de investigación, recuperación y protección que se desarrollaba. A medida que guiaban a visitantes a través del museo de sitio, el equipo

* La primera muestra arqueológica abrió en 1986. Al fondo se puede distinguir la silla intacta encontrada en Agua Blanca.

arqueológico de la comuna explicaba en sus propias palabras sus experiencias en el descubrimiento del pasado. La silla de la cultura manteneña fue una expresión manifiesta y claramente reconocible de una organización social precolombina y autóctona, además de un logro cultural. El símbolo de la silla pronto se convirtió en un sinónimo de Agua Blanca, comenzó a reproducirse en camisetas y en banderines que mostraban el compromiso de la comunidad en la protección de su herencia arqueológica (fotografía 3). Rápidamente esta circunstancia se convirtió en un fuerte vínculo con el pasado y un sentido de solidaridad en la comunidad. El situar a la arqueología, literal y simbólicamente, en el corazón de la comunidad y en sus actividades cotidianas fue un paso en la definición de este proceso.

Fotografía 3
Acceso a la Casa Cultural
de Agua Blanca*



Fotografía: Colin McEwan

Motivados por el éxito alcanzado, trabajamos de cerca con la comuna para organizar un encuentro cultural cada año. En este los habitantes del pueblo compartían y celebraban su experiencia con líderes comunitarios, artistas y músicos de todo Ecuador. El elemento más importante de estos encuentros es que tuvieron lugar en (de hecho sobre) yacimientos arque-

* Tomar en cuenta que el uso iconográfico de la silla de piedra es para afirmar la identidad.

ológicos y los visitantes se hospedaron con familias locales que proveyeron de alojamiento y comida. Capacitamos a los miembros del equipo arqueológico para que, a partir de lo que aprendieron en el proceso de excavación y trabajo en el yacimiento, expongan sus percepciones respecto de la ecología del parque, así como de los descubrimientos arqueológicos, en sus propias palabras. De manera gradual, mediante talleres y charlas, adquirieron los insumos para proporcionar tours guiados con buen sustento de información, frente al creciente número de turistas que, desde otras ciudades, empezaron a visitar el yacimiento. El hecho de aprender acerca de un yacimiento arqueológico y de su entorno ecológico a través de los ojos de los habitantes de la comunidad, fue una nueva experiencia para visitantes ecuatorianos e internacionales y tuvo un efecto palpable en su receptividad y el tipo de preguntas que formulaban. La experiencia fue un hito que contrastaba con la manera tradicional de ver objetos en los museos de la ciudad, en tanto que estos se encuentran muy alejados de sus sitios de origen y de las comunidades cercanas⁴. El evidente orgullo de los miembros del equipo arqueológico al explicar su papel en las investigaciones, junto con otros aspectos de la vida cotidiana, abrió perspectivas completamente novedosas para muchos visitantes.

Ecología y comunidad: la subsistencia

Durante el largo proceso de construcción de un consenso a favor de proteger el yacimiento arqueológico, siempre fuimos conscientes de las difíciles circunstancias para la diaria supervivencia de los habitantes de la

4 Durante una presentación en Montreal de esta investigación, Colin McEwan hizo notar que las reuniones de la SAA (Society for American Archaeology) se estaban desarrollando lejos de las instalaciones del yacimiento que todos los participantes estaban describiendo. Él comentó que las reuniones anuales de la SAA rara vez salían del territorio continental de Estados Unidos. El Congreso Internacional de Americanistas por su parte alterna entre Europa, América del Norte y América Latina. Él sugirió que el Congreso de Americanistas podía ser uno de los medios para organizar visitas y apoyar iniciativas locales de los museos de sitio. Esta y otras conferencias podrían emplearse de una manera más activa e imaginativa para paliar el sentido de aislamiento y ausencia de recursos que coartan proyectos promisorios. El apoyo desinteresado y la presencia visible de la comunidad profesional es esencial si se quiere sacar adelante este tipo de proyectos.

comunidad. El empleo temporal que generó el proyecto arqueológico, conllevó un flujo de ingresos que fue bienvenido por varias familias y se intentó distribuir entre otros miembros de la comunidad de la manera más equitativa posible. El núcleo del equipo arqueológico estaba compuesto por doce compañeros, al que se sumaban ocho personas que trabajaban en el equipo topográfico y cuatro o cinco trabajadores itinerantes en los laboratorios de campo. De manera que unos veinticinco compañeros trabajaban en el proyecto durante su instancia más activa; en ese momento unas doscientas personas vivían en la comuna. No obstante, muchas familias aún dependían parcial o totalmente de un ingreso generado por la explotación directa del bosque. Dado que ningún proyecto arqueológico dura para siempre, una exitosa proyección a largo plazo comprendía, además, la creación de modos de subsistencia viables y fuentes de ingreso alternativas. Escuchamos detenidamente las percepciones y aspiraciones de los miembros de la comunidad que se pronunciaban en las reuniones que precedían el cabildo, conformado por representantes (presidente de la comuna, vicepresidente, tesorero y síndico) elegidos cada año. Este es el mecanismo de la comuna para autogobernarse y es el principal espacio para el diálogo, intercambio de puntos de vista y largas discusiones. Una típica reunión comienza el sábado en la tarde y se extiende hasta pasada la media noche.

Un ejemplo de una buena idea que se tradujo en acciones prácticas fue el sistema de irrigación que se estableció en 1981 gracias al club de mujeres y al apoyo de fondos provenientes de un programa de desarrollo rural. Esta iniciativa arrancó con la instalación de tubos de plástico durable para drenaje en pequeña escala, para el entubamiento de agua sulfurosa que brota a de una fuente al otro lado del lecho del río, hasta una llanura aluvial irrigable. Había una noción unánime respecto de que la expansión de este sistema traería beneficios prácticamente a todos, con el potencial de alcanzar resultados positivos que parecían distantes. Nos acercamos a la Embajada británica con un pedido de asistencia; los oficiales de esta embajada nos ayudaron a canalizar el apoyo para este proyecto a la Overseas Development Association. Cuando la extensión del sistema de riego pudo implementarse en 1987, el resultado fue el cultivo de un rango más amplio de frutas y vegetales y la generación de excedentes para la venta.

Esto trajo una mejora directa en la calidad de la dieta y una pequeña pero importante fuente de ingresos para algunas mujeres.

Contactamos a la Fundación Natura para buscar modos alternativos de generar empleo para las personas de la comuna quienes, por una u otra razón, no estaban directamente involucradas con el proyecto arqueológico. La fundación entregó una evaluación comprensiva de los recursos y prospectos para la comunidad. En colaboración con la organización nacional de desarrollo rural (Comunidades y Desarrollo en Ecuador, COMUNIDEC), aseguramos apoyo financiero de la Fundación Inter-Americana para un proyecto de cría de cerdos. Se dio capacitación para la administración y la contabilidad del proyecto. Desafortunadamente, no sólo que el obtener comida apropiada y de alta calidad fue difícil y caro, sino que además hubo una erupción de fiebre porcina que minó las posibilidades de este proyecto y fracasó. Algo parecido ocurrió con un vivero forestal, que se montó para motivar el cultivo de plántulas de especies nativas para la venta, pero el negocio no prosperó. Sin embargo, se organizó otra iniciativa: un curso práctico de agricultura orgánica junto a la construcción de composteras, cultivo con paneles aislantes y rotación de cultivos que buscaban mantener la productividad sin agotar los suelos. Igualmente, se dieron cursos para el manejo de pesticidas orgánicos y evitar el uso de químicos tóxicos, para lidiar con plagas destructivas y persistentes. Esto, sin embargo, no fue seguido de manera efectiva.

La disímil fortuna de estos proyectos revelan la clase de retos y dificultades que deben enfrentarse para identificar alternativas de supervivencia sustentables. Ya sea debido a un pobre discernimiento de opciones, a la irresponsabilidad de los participantes o a la pura mala suerte, las aparentemente promisorias propuestas pueden fracasar fácilmente. No fue sin razón que una vez escucháramos exclamar exasperado al director del parque: “Con los campesinos no se puede”. Sin embargo, cuando los proyectos sí funcionan, ellos representan un paso afirmativo en la consecución de un acercamiento integrado a la administración de recursos culturales y ambientales. El apoyo que ha dado el proyecto arqueológico a este tipo de iniciativas complementarias, ayudó en la lucha de la comunidad para conseguir una forma de subsistencia viable frente a los caprichos del clima y las políticas de protección ambiental del Parque Nacional Machalilla. Es

necesaria una infinita dosis de paciencia, perseverancia y resistencia. Trabajar en mingas comunitarias, hombro con hombro, cavando zanjas, limpiando pozos y recogiendo basura contribuye, además, visiblemente con los proyectos comunales y ayuda a que progresen los intereses de toda la comunidad.

Conscientes del pasado, construyendo el futuro: la creación de un museo de sitio comunitario

La idea de un museo en la comunidad empezó a rondarnos y la discutimos con el cabildo. El resultado fue el acuerdo para crear un centro cultural permanente y un museo de sitio en el corazón de la comuna. Estábamos muy animados tanto por la idea de un edificio multipropósito que serviría para exponer los hallazgos de las excavaciones como por la ampliación de las instalaciones tanto para el proyecto arqueológico para los visitantes. Si bien se ha denominado a este edificio un museo de sitio, rara vez usamos ese término, sino que lo denominábamos casa cultural. Consideramos que debía construirse usando materiales locales y técnicas tradicionales, de manera de crear una estructura que se ajustara al pueblo y al paisaje y, al mismo tiempo, recuperar la memoria de esta técnica desarrollada por los antiguos habitantes manabitas. Empleando el trabajo de la comuna estábamos seguros que podría servir para validar las habilidades de construcción y las tecnologías que estaban a punto de perderse debido a la tendencia de construir casas de ladrillo con techos de zinc. Sin contar que, además, era más económico de construir y ofrecía una mejor oportunidad de asegurar su mantenimiento regular o implementar renovaciones cuando fuera necesario. Esperamos también que, al participar en la construcción, la comunidad se identificara con el nuevo edificio.

En 1988, al tanto de los planes iniciales de CEPE (Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana) para construir una tubería petrolera a través del Parque, nos acercamos al departamento de Relaciones Comunitarias. Después de dilatadas consultas, enviamos una propuesta detallada y se nos garantizó el financiamiento para la propuesta de museo. El *British Council* acordó otorgar una ayuda de viaje para que Chris Hudson pudie-

ra regresar al pueblo a supervisar la construcción. Además, nos aseguramos que los trabajadores provinieran del poblado; y, además, llevamos a cabo tres mingas para reforzar el involucramiento y apoyo colectivo. A partir de la sugerencia del presidente de la comuna, una de estas tareas fue llevada a cabo por los niños de la escuela, quienes con entusiasmo recogieron piedras del río para los cimientos de la construcción. Casi todos los huecos que se hicieron para los cimientos mostraron evidencia de ocupación manteña; entre estas: hogares, tiestos y huesos de animales. En dos lugares fueron descubiertos cimientos de paredes piedras correspondientes a construcciones antiguas. Estas fueron excavadas, registradas en un mapa y fotografiadas por el equipo arqueológico. Luego el área fue cercada con cuerda para convertirse en una muestra *in situ*, justo a la entrada del museo. Con palo de balsa se elaboró un modelo a escala de la estructura del museo y esto demostró ser una herramienta invaluable para discutir y refinar el diseño con los carpinteros (fotografía 4). El edificio está compuesto de materiales que se obtuvieron en el lugar: madera, caña, ramas de palma y quíncha. Hasta donde sabemos, la casa cultural fue la estructura más grande en ser construida en muchas décadas en el sur de Manabí usando técnicas tradicionales (fotografía 5). Un balcón en el nivel principal brinda una vista magnífica del valle; en el segundo nivel, están la oficina y habitaciones para los arqueólogos y visitantes. El vestíbulo en la entrada provee de un espacio sombreado para sentarse y descansar. Sobre la pared está pintado el logo del lugar, una silla manteña, que afirma la afinidad de la comuna con este símbolo de logros y gestas culturales.

La inauguración de la casa cultural (fotografía 6) repitió el éxito de la muestra arqueológica más pequeña que habíamos realizado en la casa comunal unos años antes. La atención se enfocó ahora en la nueva estructura localizada en el corazón de la comuna, el resultado de un proceso que se había trabajado a lo largo de una década. Las celebraciones inaugurales estaban infundidas con el espíritu de los encuentros interculturales que se habían producido en años precedentes. Entre los muchos grupos étnicos representados estuvieron músicos salasacas (fotografía 7), cuya presencia encarnó los vínculos culturales que se habían establecido entre la costa y la sierra.

Fotografía 4
El diseñador Chris Hudson y el equipo
de la comunidad*



Fotografía: Colin McEwan

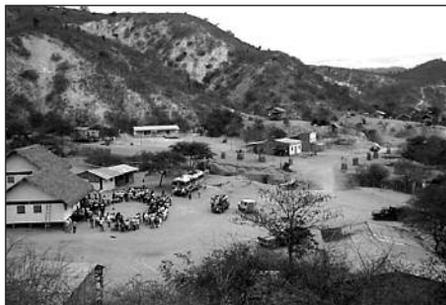
Fotografía 5
El equipo arqueológico frente a la
recientemente terminad casa cultural



Fotografía: María Isabel Silva

* Usan un modelo a escala construido con palo de balsa para discutir detalles de la construcción de la casa cultural.

Fotografía 6
Inauguración del museo, 1990



Fotografía: Colin McEwan

Fotografía 7
Grupo de músicos salasacas en la
inauguración del museo



Fotografía: María Isabel Silva

La muestra dentro del museo (fotografía 8) está diseñada para que los visitantes puedan profundizar el significado y la extensión del sitio arqueológico antes de dar inicio a su visita a pie. Sencillos módulos de cristal sobre bases de madera protegen las muestras. Objetos más grandes, como sillas de piedra y urnas funerarias, se presentan de manera abierta, con una indicación que dice “tocar por favor”. Se provee información a través de textos, fotos, mapas y de un sencillo cartel con la cronología de las culturas la cual incorpora los restos cerámicos.

Fotografía 8
Una imagen de la muestra arqueológica
y los gráfico dentro del museo*



Fotografía: Colin McEwan

La inauguración y muchos de los subsecuentes encuentros interculturales se convirtieron en un medio práctico para compartir conocimientos acerca del pasado y fomentar la interacción entre los lugareños y representantes de las comunidades visitantes, provocando asimismo discusiones y debates respecto de la identidad indígena y las relaciones interétnicas (fotografía 9). Estas experiencias juegan un rol vital en la reafirmación de los vínculos entre el pasado y el presente, al tiempo que cultivan una identificación con los logros culturales del pasado de los que pueden enorgullecerse. Las experiencias, además, proveen una poderosa motivación para prever cómo hacer en la práctica que las cosas cambien.

* Se ven fotos de los miembros de la comunidad en la pared posterior que sirven como telón de fondo para estatuillas mantañas buscando de esta forma la identificación cultural de los habitantes actuales con el pasado indígena.

Mirando hacia adelante

Después de una década de involucramiento sostenido con la comunidad de Agua Blanca, llegó el momento de dejar que la comunidad asuma plena responsabilidad en la administración del museo, la oferta de visitas guiadas y el mantenimiento del yacimiento. Nos dimos cuenta que era necesario evitar y prevenir la dependencia respecto de nosotros como el medio principal para obtener el apoyo a las iniciativas comunitarias.

Fotografía 9

Un miembro del equipo arqueológico de Agua Blanca muestra el museo a un visitante de una comunidad de la sierra



Fotografía: Colin McEwan

Uno de los retos principales, a largo plazo, ha sido asegurar un ingreso suficiente generado al interior de la comuna para garantizar el mantenimiento y mejoras regulares al sitio y al museo. Como enfatizamos más arriba, el Servicio Nacional Forestal de la época, no había asumido el desafío de administrar recursos culturales dentro de una reserva natural en ninguna parte del Ecuador. Un problema molesto ha sido siempre la relación entre Agua Blanca y las autoridades del Parque Machalilla, quienes cobran la tarifa de admisión a todos los visitantes que acceden a la reserva. Así, los turistas que llegan a la comuna ya han pagado la entrada por la que esperan encontrar la infraestructura apropiada, servicios de

guías y señalización para la interpretación del sitio. El punto es que el museo es administrado y mantenido internamente por la comuna; en consecuencia y se provee un valioso atractivo que le cuesta poco o nada al Parque Nacional.

Hacia 1990, Olaf Holm reconoció la necesidad de establecer un presupuesto modesto para asegurar el mantenimiento del yacimiento durante el año. El monto señalado era de tres salarios mínimos al mes, mientras doce era el número de personas que conformaba el equipo arqueológico de comuneros. El equipo previó una rotación semanal del personal tanto en el museo de sitio, como en el punto de control en la entrada al valle; se consideró también limpiar la maleza y el mantenimiento de senderos y canales de drenaje en el sitio arqueológico. El apoyo del Banco Central, no obstante, duró un poco más de tres años dado que el Ecuador entró en una crisis financiera al principio de los noventa. Al perder este apoyo, si bien se mantuvieron las rotaciones de trabajo, la única fuente de ingresos eran las propinas y donaciones de los visitantes. Este es un asunto que ha generado disputas y resentimientos, si bien se ha llegado a acuerdos de pago en los casos de grupos grandes de visitantes.

Al momento de preparar este documento, unas treinta y cinco familias (de un total de cincuenta que viven en la comuna) obtienen la mayoría de sus ingresos de actividades relacionadas con los turistas (nacionales e internacionales) y que están orientadas al sitio arqueológico y al museo. Ha habido una marcada reducción del impacto de algunas actividades de subsistencia; esto es más evidente en la regeneración del bosque, especialmente, en las inmediaciones de la comuna. Este yacimiento es administrado y mantenido con éxito y no se ha producido el robo o la venta de objetos arqueológicos que se observaba en los años precedentes. La apertura del museo comunitario de sitio, ha estimulado un pequeño renacimiento de otros pequeños emprendimientos como cabañas para visitantes, comedor comunitario, las propias viviendas, que están siendo construidas, ex profeso, con materiales de los que se disponen en el lugar.

No obstante lo anterior, se tiene la ineludible necesidad de readecuar el museo comunitario de sitio. La segunda generación del equipo arqueológico está ansiosa de recibir la capacitación y orientación apropiadas y, al momento, se planifica retomar este proceso. Paralelamente a este es-

fuerzo, es vital el desarrollo de material didáctico que pueda ser usado como parte del pensum escolar de manera que las nuevas posibilidades en la vida cultural de la comunidad demuestren ser una herramienta para la educación en un sentido más amplio y profundo.

Arqueología y comunidad: reflexiones sobre el marco político-cultural

La percepción del público en relación al pasado indígena del país se ha visto constreñida en gran medida por los relativamente pocos sitios que han ganado un amplio reconocimiento público y están abiertos a visitas públicas. La situación contrasta con la de Perú y México; ambos países poseen abundante y monumental evidencia de los logros culturales del pasado. En esas locaciones, pirámides y templos se destacan como expresiones visibles y poderosas del pasado, al tiempo que son el entramado de la construcción de un *ethos* y una identidad nacional. Sitios renombrados como Teotihuacán (México) y Machu Picchu (Perú) han sido adoptados como poderosos símbolos de la contribución indígena al sentido de la nación, al tiempo que han ganado reconocimiento internacional. En términos comparativos, Ecuador sufre de una relativa escasez de yacimientos arqueológicos con restos distintivos. Las referencias arqueológicas más conspicuas son, de hecho, resultado de la expansión inca y se encuentran todas en la sierra. Sólo a veces es visible una evidencia directa de construcciones monumentales que fueron obra de culturas autóctonas, como las ruinas de Cochasquí (ver en esta publicación) que muestran grandes tolas que datan del año 900 o 1200 a.C. En otros lugares, no es explícita una fuerte identificación o conexión entre la población indígena y los sitios arqueológicos⁵.

Esto es incluso más evidente en la costa, donde los yacimientos arqueológicos de arquitectura con alguna notoriedad son igualmente escasos. Los sitios como Real Alto en la península de Santa Elena y Salango en el sur de Manabí abarcan historias profundas pero poseen pocos referentes

5 La configuración cultural y política de la arqueología ecuatoriana ha sido tratada en décadas recientes por Benavides (2004) y Andrade (2004) y merecen una reflexión más detenida. Esto es materia de una investigación distinta que al momento se está llevando a cabo.

monumentales en la forma de grandes pirámides y estructuras que sean de interés para el ojo inexperto. Lo que en cambio sí se visita y observa es la apropiación de objetos importantes, que representan una poderosa legitimación histórica de la identidad indígena y que son incorporados a espacios urbanos. Un caso que ilustra esta idea es lo ocurrido con el traslado forzoso, de su sitio original a un museo de Guayaquil, de una famosa escultura huancavilca conocida como San Biritute. Este impresionante monolito de dos metros y medio de alto con un falo erecto estuvo una vez en el pueblo de Sacachún y fue el foco de creencias indígenas por siglos. Ha sido el objeto de acaloradas polémicas entre la comunidad que pide que se les devuelva la pieza y las autoridades políticas de Guayaquil que se han apropiado de este objeto y lo han incluido en su propia agenda cultural (Benavides, 2004).

Dado el relativo aislamiento, Agua Blanca ha llegado a representar un punto de quiebre en Ecuador dado que los objetos culturales no siguieron la práctica habitual de ser retirados del sitio de origen para trasladarlos a museos en ciudades. En este capítulo hemos intentado mostrar, en la práctica, cómo los esfuerzos para investigar, preservar y proteger sitios culturales y objetos arqueológicos deben ser incorporados a los componentes social, político y económico de las comunidades (ver Benavides, 2001; Lumbreras, 1974). Hemos descrito cómo el hecho de que Agua Blanca se encuentre localizada al interior de un parque nacional implicó un conjunto especial de circunstancias y oportunidades. Tal como sucede con muchas comunidades rurales en América Latina, la comuna de Agua Blanca encara la abrumadora realidad de inherentes limitaciones que imponen la escasez material y de recursos financieros. En tales situaciones, el nocivo impacto sobre el ambiente de ciertas actividades cotidianas para la subsistencia es cada vez más reconocido. Allí donde hay yacimientos arqueológicos vulnerables próximos a comunidades, las necesidades económicas o incluso la llana codicia, pueden impulsar un acelerado proceso y, en ocasiones, irreversible de huaquerismo y destrucción.

La llegada del proyecto arqueológico a Agua Blanca introdujo una nueva y valiosa dinámica en la ecuación. La investigación arqueológica no sólo ha ofrecido una mirada profunda de la relación entre las comunidades humanas precedentes y el ambiente a través de los siglos, sino que al

alimentar con paciencia un enfoque participativo y solidario, la arqueología se ha convertido en un catalizador de cambio positivo. El respeto por (y la voluntad de trabajar con) la comuna ha ido de la mano con el reconocimiento de la realidad económica imperante de una comunidad cuyo ambiente circundante estaba en riesgo. Todos los procesos ensayados han sido el resultado de cuidadosas deliberaciones y discusiones. Invertimos tiempo y energía en un continuo proceso de consulta para identificar las prioridades y para determinar qué era factible y cuáles podrían ser los posibles resultados. De vital importancia ha sido el reconocimiento de que las fortalezas de la comunidad residen en su capacidad para gobernar y configurar sus propias ambiciones y en el hecho de que al delegar responsabilidades de manera colectiva se tomaron decisiones sobre aspectos importantes para todos.

La aproximación aquí expuesta provee una alternativa viable a las estrategias de desarrollo de “arriba hacia abajo” que ponen en riesgo el aporte creativo de comunidades cuando no son tomadas en cuenta o son excluidas, a pesar de que su agencia posibilita la solución de problemas respecto del manejo de recursos culturales o ambientales. Si con razón podemos complacernos de lo que se ha conseguido en Agua Blanca, en comparación a otros museos de sitio en locaciones rurales, el trabajo no representa una historia de éxitos sin tropiezos. Por el contrario, fue concebido y deliberado bajo circunstancias difíciles y a menudo descorazonadoras. El proceso se topó con muchos obstáculos: algunos provenían de la ignorancia, otros de la indiferencia y otros de la hostilidad frente a una nueva forma de trabajar. Pero, fundamentalmente, de la carencia de políticas culturales de trabajo y desarrollo participativo. Sin embargo, hicimos el esfuerzo consciente para involucrar a un amplio número de instituciones y personas, además que disfrutamos del apoyo y motivación de fuentes inesperadas.

Después de más de una década de trabajo, la creación del museo de sitio es tal vez la expresión más visible de lo que fue un proceso más amplio y continuo que implicó muchas otras actividades interrelacionadas menos visibles. Pensamos que este estudio de caso muestra cómo las comunidades locales pueden ser un instrumento en la protección y manejo del patrimonio cultural y ecológico de una manera integrada y de esta forma convertirse en agentes que promocionan aproximaciones sosteni-

bles al desarrollo económico solidario. Hemos aprendido y continuamos aprendiendo de las experiencias de unos y otros, no sólo a partir de las cosas que han funcionado, sino también (y en la misma medida) de las cosas que no han funcionado. No hay una fórmula infalible que garantice el éxito; no obstante, esperamos que la experiencia aquí descrita pueda ser comparadas cuando se emprendan iniciativas similares en otras partes (ver por ejemplo, Moser et al., 2003; Peers y Brown, 2003).

Agradecimientos

Somos parte de una amplia red de amigos y familias cuyo involucramiento, en mayor o menor medida, ha tenido a menudo una importancia esencial en las diferentes fases del proyecto y el trabajo. Especialmente queremos agradecer a los muchos colegas que han trabajado a nuestro lado en diferentes especialidades y cuyo compromiso individual ha excedido, muchas veces, las demandas regulares de la investigación de campo.

El trabajo aquí descrito fue posible gracias a las especialidades y a la dedicación de los miembros originales del equipo arqueológico: Isidro Ventura, Hugo Ventura, Carlos Maldonado, Jorge Albán, Pedro Ventura, Enrique Ventura; Nilo Soledispa, Alcibíades Martínez, Charo Merchán, Marco Asunción, Raúl Ventura, Leoncio Soledispa, Jairo Ventura, Camilo Martínez, Alejo Ventura, Galo Ventura y Agustín Ventura. También queremos agradecer a los miembros del equipo actual, muchos de los cuales son hijos de los compañeros listados arriba y que ahora tomaron la posta: Paúl Martínez, Gonzalo Asunción, Alejo Ávila, Carlos Ventura, Arturo Maldonado, Leopoldo Ventura, Plinio Merchán, Stalin Maldonado, Pablo Tomala, Jaime Martínez, Alfredo Ventura, Fabián Ávila y Milton Ventura. Además queremos dar un agradecimiento especial a Samuel y Mariana Martínez y a Zoila Ventura.

También queremos agradecer a Yolanda Kakabadse (WWF), Carlos Zambrano (Parque Nacional Machalilla), Gonzalo Rivas, Catalina Pazmiño, Aurelio Iturralde, Adela Silva y Franklin Ordóñez. Entre los colegas y profesionales ecuatorianos queremos mencionar a Ramón Vera, Marcela Mosquera, Alfredo Carrasco, Diego Quiroga, Alfredo Moreira,

Mariza Freire, Francisco Valdez, Fabián Peñaherrera, José Chancay, Tamara Bray, Richard Lunniss, Karen Stothert y Dorothy Hosler.

Fondos, modestos pero vitales en las primeras fases del proyecto, fueron entregados por las siguientes instituciones: el Gordon Childe Bequest Fund (Institute of Archaeology, London), la Thinker Foundation, el British Museum (Elizabeth Carmichael), y el Graduate College de la Universidad de Illinois.

También en una etapa inicial contamos con el apoyo logístico de Presley Norton junto con el generoso apoyo del Museo Antropológico del Banco Central en Guayaquil (facilitado por Olaf Holm). La asistencia brindada permitió que el proyecto se desarrollara de manera continua a lo largo de varios años. El trabajo de campo en 1989 se realizó con el legado que nos dejó Peter McEwan.

Bibliografía

- Andrade, Xavier (2004). "Burocracia: museos, políticas culturales y la flexibilización de la fuerza de trabajo en el contexto guayaquileño". *Íconos* 20: 64-72.
- Benavides, O. Hugo (2001). "Returning to the Source: Social Archaeology as Latin American Philosophy". *Latin American Antiquity* 12 (4): 355-370.
- (2004). *Making Ecuadorian Histories: Four Centuries of Defining Power*. Austin: University of Texas Press.
- Holm, Olaf (1982). *Cultura manteña-huancavilca*. Guayaquil: Museo Antropológico, Pinacoteca del Banco Central del Ecuador.
- Hudson, Chris y Colin McEwan (1987). "Focusing pride in the past: Agua Blanca, Ecuador". *Museum* 154 (2): 125-8.
- Lumbreras, Luis Guillermo (1974). *La arqueología como ciencia social*. Lima: Ediciones Hístar.
- McEwan, Colin (1992). "Sillas de poder: evolución sociocultural en Manabí, costa central del Ecuador". En *500 Años de Ocupación - Parque Nacional Machalilla*, Presley Norton (Ed.): 53-70. Quito: Ediciones Abya Yala.

- (2003). “And the Sun Sits in his Seat: Creating Social Order in Andean Culture”. Tesis para optar al grado de Ph.D., University of Illinois, Urbana-Champaign.
- McEwan, Colin y María Isabel Silva (1989). “¿Qué fueron a hacer los incas en la costa central del Ecuador”? En *Relaciones interculturales en el área ecuatorial del Pacífico durante la época precolombina*, J. F. Bouchard y M. Guinea (Eds.): 163-185. Oxford: BAR, International Series 503.
- ((2000). “La presencia inca en la costa central del Ecuador y en la Isla de la Plata”. En *Compendio de investigaciones en el Parque Nacional Machalilla*, Macarena Iturralde y Carmen Josse (Eds.): 71-102. Quito: Corporación CDC, Fundación Natura.
- Moser, Stephanie, Darren Glazier, James E. Phillips, Lamya Nasser el Nemr, Mohammed Saleh Mousa, Rascha Nasr Aiesh, Susan Richardson, Andrew Conner y Michael Seymour (2003). “Transforming Archaeology through Practice: Strategies for Collaborative Archaeology and the Community Archaeology Project at Quseir, Egypt”. En *Museums and Source Communities: A Routledge Reader*, Laura Peers y Alison K. Brown (Eds.): 208-226. Londres: Routledge.
- Norton, Presley (Ed.) (1992). *500 años de ocupación. Parque Nacional Machalilla*. Quito: Ediciones Abya Yala.
- Peers, Laura y Alison K. Brown (Eds.) (2003). *Museums and Source Communities: A Routledge Reader*. Londres: Routledge.
- Saville, Marshall (1907). *The Antiquities of Manabí, Ecuador. Preliminary Report*. Contributions to South American Archaeology, Vol. 1. New York: Heye Foundation.
- ((1910). *The Antiquities of Manabí, Ecuador. Final Report*. Contributions to South American Archaeology, Vol. 2. New York: Heye Foundation.
- Silva, María Isabel (1983). “Toponymic reconstruction as a basis for analysing social, economic and political relationships among contact period settlements on the central coast of Ecuador”. Ponencia presentada en el XI Annual Midwest Conference on Andean and Amazonian Archaeology and Ethnohistory, Bloomington.

- ((1984). “Pescadores y agricultores de la costa central del Ecuador: un modelo socio-económico de asentamientos precolombinos”. MA, Tesis, University of Illinois at Urbana-Champaign.
- ((1985). “Dual Division Quadripitation and Hierarchical Organization among the Manteno Polities of late Pre-Columbian Coastal Ecuador”. Ponencia presentada al XXXX Congreso Internacional de Americanistas, Bogotá, Julio.